

7ma C:

Mundo Artificial

Helena Noble

Kindle Edition Copyright © 2014 Helena Noble

2º Edición.

Para mi fabuloso team: Jessie, Javiera, Nicol y Coni. Gracias por el apoyo y la eterna paciencia. Dedicado también a Lina, Camila y a Lauren quienes me dieron ánimos para emprender este viaje

Índice

Contenido

Prólogo	5
CAPITULO 1: El Séptimo Robo.....	10
CAPITULO 2: La Séptima Habitación	39
CAPITULO 3: Dorsal 7.....	64
CAPITULO 4: Trece y Catorce.....	106
CAPITULO 5: Cuatro habilidades	125
CAPITULO 6: Emboscada en Ciudadela 3	145
CAPITULO 7: No hay tiempo para llantos	170
CAPITULO 8: Funeral en C1.....	191
CAPITULO 9: Un salto en movimiento.....	210
CAPITULO 10: Andrey	232
CAPITULO 11: A través de la pared	273
CAPITULO 12: La quinta habilidad.	299
CAPITULO 13: Setenta y Cuatro.....	319

Prólogo

La luz blanca cegaba su visión a pesar de tener los ojos cerrados. Intentó abrirlos, pero sus párpados estaban pegados entre sí por una masa dura de arena y su propio sudor. El calor le había secado la piel tanto que cuando abrió la boca para respirar, la lengua reseca se le despegó del paladar, dejándole estelas de saliva densa que no permitían mayor entrada de aire, y la piel de los labios y mejillas se le resquebrajaron produciéndole pequeñas heridas que le ardieron con la brisa que corría en ese momento. Intentó llevar sus manos hacia su rostro, las cuales estaban enterradas bajo montículos de arena, para refregar sus ojos los cuales le ardieron al contacto con los pequeños granos de arena que se encontraban incrustados bajo sus uñas, entre sus dedos y que caían de sus pestañas. Se volteó con pesar hasta quedar apoyado con sus codos y sus rodillas sobre la arena ardiente, mientras escupía tierra mezclada con la poca saliva que tenía en su boca y, al parecer, algo de sangre, ya que sentía un gusto metálico deambulando por su lengua. Cuando por fin pudo abrir los ojos, su visión borrosa solo distinguió su pequeña sombra y sus manos sucias. Alzó la vista y, enfocando lentamente, vio millas de árido y desolado desierto. La cabeza le pesaba tanto que los músculos del cuello no pudieron mantenerla con la vista al frente por más tiempo por lo que la dejó caer sin remedio. El cabello color negro azabache se le pegaba en la frente y la nariz la tenía tapada por cúmulos de arena desde quien sabe cuántas horas, dificultándole respirar. Se sentó a duras penas sobre sus talones. Sentía la piel de sus piernas reseca y quemada por el sol. Extendió su columna que tronó vertebra por vertebra hasta su cuello y respiró lo más profundo que pudo. Volvió a mirar a su alrededor. Nada, solo kilómetros de arena gruesa y seca, y uno

que otro pedazo de cemento viejo erosionado por el viento. El desolado paisaje, que borrosamente se veía a la lejanía, le produjo unas enormes ganas de llorar como el niño pequeño que era. Pero el calor del desierto había quitado hasta la más mínima gota de agua de su joven cuerpo, dejándolo completamente deshidratado como una pasa. No sabía cuántos días llevaba ahí tumbado en la soledad, sin ropa ni recuerdo alguno, y solo podía pensar en lo cansado y adolorido que sentía su cuerpo. Comenzó a sentir la quemazón de su piel, los pies le ardían, el rostro reseco se agrietaba más al hacer algunos gestos y en los hombros le habían salido ampollas de líquido. Sintió que algo pesado le colgaba de la oreja izquierda. Sus dedos se dirigieron hasta el lóbulo de ella y sintió un arete metálico con forma rectangular. Se lo quitó rajando la piel y ensangrentando todos sus dedos y el plateado artefacto. Lo observó con algo de dificultad, el arete contenía lo que parecían ser letras minúsculas, tanto por un lado como por el otro. El joven era muy pequeño para entender la escritura, a pesar de tener algunas palabras básicas grabadas en su mente, por lo que simplemente asumió que era una especie de adorno sin importancia. De pronto, su estómago despertó de un largo y pesado sueño y comenzaba a reclamar por alimento de forma tan brutal que el niño debía retorcerse para disminuir el dolor. Como si hubiera ganado fuerzas con el sol, que ya hace bastante tiempo lo iluminaba, intentó ponerse de pie equilibrando su peso lo mejor que pudo. Las rodillas le temblaban y sus pies se sumergían en la arena dificultándole aun más dar un paso hacia adelante. Se abrazó a sí mismo para estabilizarse por unos momentos, sintiendo sus frágiles costillas entre sus pequeños dedos y su respiración agitada por el inmenso calor que caía directo sobre su cabeza. Con una determinación que brotó de sus ojos azules, cerró los puños con fuerza y, tambaleándose hacia adelante, comenzó a caminar lentamente para poder salir de ese desolado lugar lo más pronto posible. El calor era devastador y la distancia infinita, o simplemente lo parecía. La tibia y gruesa arena comenzó a desaparecer bajo sus pies, dando paso a duro, seco e irregular suelo de cemento de lo que parecía ser una antigua carretera. Siguió por ese sendero destruido quien sabe

cuántos kilómetros más, sin saber exactamente hacia donde se dirigía. Las piernas no le daban más, el agotamiento estaba consumiendo su ser y solo su voluntad, (y el hambre), impedían que callera al suelo. El calor hacía que la visión del lugar pareciera un espejismo. A veces veía arena, dunas interminables de desierto, y otras veces veía pequeños edificios y unas cuantas casas. No quería creer nada de lo que el calor del desierto le hacía ver, pero cada paso que daba le entregaba esperanzas de que aquellas casas fueran lo real y no la ilusión. Las casas fueron viéndose cada vez más nítidas y el niño pensó que se había desmayado y su subconsciente le jugaba una mala pasada, pero no era así. La interminable carretera llegaba a un pequeño pueblo de cinco o seis cuadras, donde pocas personas caminaban por un sendero pavimentado a la perfección, el cual conectaba el grupo de casas y locales del lugar. Era como un oasis sin palmeras. Alcanzó a sentir bajo sus pies el calor del cemento nuevo de la calle principal, que hervía con el sol, antes de caer sin fuerzas sobre él y sentir como la gente que caminaba cerca del lugar, se acercaban alterados a ayudarlo. Su mente divagaba, no podía mantener los ojos abiertos ni distinguir las voces de los pueblerinos que intentaban mantenerlo despierto. Solo sentía su respiración jadeante, lágrimas que rodaban por sus mejillas y las enormes puntadas en su estómago que se hacían cada vez más continuas entre sí. Cuando volvió a abrir los ojos estaba sobre una amplia cama, en una habitación con las paredes pintadas de un color damasco pálido y desgastado, con cuadros antiguos que ilustraban paisajes de campos verdes tranquilos y llenos de vida, lagos y montañas nevadas; y una mesita de noche con una pequeña lámpara y un libro tan viejo que las páginas se habían tornado de un color amarillento y prácticamente se despegaban del empastado de solo mirarlas. Se agarró la cabeza al sentarse, se había mareado y el lugar le daba vueltas como un carrusel, pero con menos colores y sin música. Cuando su visión volvió a ser más nítida, se dio cuenta que llevaba puesto una camisa enorme de color gris pálido que lo cubría casi hasta las rodillas. Por lo menos ahora no se sentía tan desnudo. Además, llevaba parches de algodón en los hombros, que cubrían las

desagradables ampollas, y vendas en los pies, las cuales le hizo asumir que su larga caminata por el desierto logró que sus pies sangraran hasta hacerlo caer. Tomó el libro de la mesita e intentó leer el título por mera curiosidad, “¿Sueñan... los androides... con ovejas... eléctricas?”, y se preguntó quién estaría leyendo un libro tan extraño. No alcanzó a dejar el libro de vuelta en la mesita de noche cuando entró por la puerta de la habitación, una anciana de corto cabello blanco, de aspecto tranquilo y con mirada de preocupación, y quién no lo haría al encontrar un niño de seis años caminando hacia la entrada de una Ciudadela desde lo más recóndito del desierto, con los pies ensangrentados, desnudo, con hambre y completamente deshidratado. La mujer traía un plato hondo que contenía lo que parecía ser una sopa de fideos blancos y un vaso con agua. Los ojos azules del niño se iluminaron tanto que a la mujer casi se le cayeron las lágrimas de la emoción. Le entregó el plato con comida, o más bien, el niño de cabellos oscuros se abalanzó sobre él para empezar a sorbetear la sopa sin siquiera pestañear, mientras ella lo observaba preocupada, sin soltar el vaso con agua del cual derramó un par de gotas sobre la cama. Los ojos comprensivos de la señora mayor no dejaron de observarlo mientras devoraba los fideos casi con las manos, hasta que desvió la mirada al escuchar la puerta abrirse nuevamente y dejar paso a un hombre alto, de cabellos tan blancos como los de la mujer, con barba blanca, corta y que hacía juego con su cabello; y gruesos anteojos que escondían levemente sus ojos pardos. El niño asumió que la camisa que llevaba puesta era de aquel hombre, quien lo miraba desde el marco de la puerta con la misma preocupación que la anciana a su lado. Cuando el plato estuvo completamente vacío, y el niño reprimía el impulso de lamerlo para saborear las últimas gotas de sopa que quedaban, la mujer le hizo una seña de que fuera con ella hasta la cocina por más. Los músculos se le tensaron inmediatamente al intentar sentarse al borde de la cama, aún no había recuperado ninguna de sus fuerzas, pero el hambre era más fuerte que el dolor y permitió que se pusiera de pie, incluso sintiendo horribles puntadas como mil agujas en la planta de sus pies vendados. Daba pasos cortos y cuidadosos mientras seguía a

ambos ancianos a la cocina. La cocina no era más grande que la otra habitación. Una pequeña mesa de madera tallada estaba en el centro del lugar, con un delicado mantel verde tejido a mano, las murallas pintadas de un verde limón que daban más vida a la habitación, ya que no tenía ni una sola ventada por la que entrara la luz del día; un viejo refrigerador que emitía un ruido muy fuerte cuando funcionaba y una cocinilla donde se encontraba la olla con sopa recién hecha. El simple olor de la comida en el ambiente hacía que sus tripas se quejaban con mayor estruendo. Apenas tuvo el segundo plato frente él no pudo parar de comer. Hasta respirar era un impedimento para ingerir los deliciosos fideos. El hombre alto y canoso se sentó justo frente a él y lo observó comer por largo rato sin decir una sola palabra. Le entregó un trozo de pan, el cual el niño devoró en solo unos instantes, y la jarra de agua que la mujer había dejado en el centro de la mesa ya estaba casi vacía. El anciano vaciló antes de preguntarle el nombre al chico de ojos tan azules como el océano. El niño terminó de beber la sopa, sin preocuparse por sus modales, y se quedó pensando un momento, viendo directamente a los ojos marrones de su acompañante. Intentó recordar su nombre, el motivo por el cual había aparecido en pleno desierto y porque se encontraba solo, pero su mente estaba en blanco y solamente creó desesperación en él, haciendo que un par de lágrimas cayeran por sus mejillas. Se agarró suavemente el lóbulo de la oreja izquierda, la cual no tenía rastro alguno de sangre, solo una pequeña cicatriz; y con mirada perdida y voz ahogada respondió:

—Mi nombre es Neil.

CAPITULO 1: El Séptimo Robo

Leía por cuarta vez la hoja arrugada que había sacado de su pequeño bolso negro de mano. Tenía los codos apoyados sobre la pequeña mesa de metal ubicada a un rincón del sencillo restaurante al que había entrado hace algunos minutos atrás. Trataba de memorizar su contenido por si alguien intentaba quitarle el maltratado papel, como ella lo había hecho para conseguirlo en primer lugar. Levantó la vista cuando el camarero de turno se acercó a entregarle su segundo vaso con gaseosa sobre un portavasos redondo hecho de corcho. Le dedicó una sonrisa y dobló el papel por la mitad guardándolo de nuevo en su bolso, con temblor en la mano.

— ¿Te ofrezco algo más? —, preguntó el joven camarero, observando de pies a cabeza a la chica de solo dieciséis años que bebía delicadamente un poco de su gaseosa.

—Sí, tráeme una hamburguesa con queso por favor—, y volvió a dedicarle una sonrisa dulce y levemente seductora, diciéndole gracias con sus bellos y brillantes ojos verdes.

El chico escribió a duras penas el pedido en su libreta, completamente perdido en la sonrisa de la clienta y se retiró a la cocina. La joven bajó su vaso y se echó el cabello castaño claro tras la oreja derecha, dejando ver la blanca piel de su cuello. Miró a su alrededor a las pocas personas que estaban en el local en ese momento, se divertían y bebían en compañía de sus amigos, algunos cantaban después de haber tomado algunas copas de más y disfrutaban de la buena música en vivo que el lugar ofrecía. Era el tercer bar restaurante al cual entraba en su corta vida. Para ella eran todos iguales, luces tenues, un leve aroma a cigarrillo y

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

